

Javier Fernández Malumbres



La Asociación Comunidad Esperanza reparte comida a 250 familias que viven en el basurero de Cobán

«Si no mueren por COVID-19, van a morir por hambre»

María Martínez López

«¿Tiene mascarilla? ¡Llévese!». «Adiós, padre, que Dios le bendiga». La conversación con el sacerdote Sergio Godoy se interrumpe con frecuencia. Atiende a *Alfa y Omega* desde un basurero en la ciudad de Cobán, en Guatemala, mientras termina el reparto de bolsas con comida y productos de higiene a 250 familias, la mayoría formadas por una mujer sola y varios hijos. Hasta ahora, la Asociación Comunidad Esperanza (ACE), de la que es responsable, servía comidas en el vertedero y ofrecía una merienda varios días por semana a los niños que viven en él. La crisis causada por el coronavirus y las restricciones al movimiento puestas en marcha por el Gobierno del país les han llevado a orga-

▼ Mientras reparte comida en un basurero de Guatemala para combatir la creciente desnutrición causada por la paralización del país, el padre Sergio Godoy sueña con un proyecto de huertos familiares que haga a sus vecinos menos dependientes de trabajos informales. «Hay que generar soluciones que se anticipen a los problemas»

nizar además este reparto de víveres para 1.500 personas, con apoyo de Manos Unidas.

La historia es la misma que se repite en todo el mundo. En un país donde siete de cada diez trabajadores se gana la vida de forma informal, gran parte de ellos se han quedado sin ingresos: son ayudantes de albañil, jornaleros en granjas, conductores de transporte público, empleadas domésticas o vendedoras de tortillas de maíz, entre otros. En Guatemala no hay confinamiento sino un toque de queda relativamente flexible de seis de la tarde a cuatro de la madrugada. Pero estas res-

tricciones y la falta de material y medidas de protección ya han paralizado todos estos trabajos. Hay uno que no se detiene: rebuscar entre la basura. Eso sí, a causa de la crisis la chatarra y el resto de residuos que recuperan valen menos.

La situación se repite en la zona 6 de Guatemala, la capital, donde vive el misionero español Jesús Rodríguez. De los 18.000 habitantes de su parroquia, 5.000 viven en el asentamiento El Carmen, que se formó, como tantos otros, con inmigrantes del campo durante la guerra civil (1960-1996) o tras el terremoto de

1976. Solo un 15 % de sus feligreses tiene la *fortuna* de ser de clase «media baja». En la ciudad ya se empieza a notar escasez de algunos alimentos, pues en varios departamentos vecinos se han detectado casos de coronavirus y se han cerrado las carreteras. «En parte por esto y en parte por la especulación, la comida se ha encarecido mucho. Se prevé la hambruna».

Primero comida...

En el basurero de Cobán, capital de Alta Verapaz, el departamento con más pobreza del segundo país más pobre de Latinoamérica, el

padre Godoy ha detectado un aumento de la desnutrición infantil, que «compromete el futuro de los niños. La epidemia no ha llegado aquí aún, pero el hambre tomó la delantera. Si no se mueren por la enfermedad cuando llegue (y Dios quiera que tarde), van a morir por hambre».

Junto con la comida, Comunidad Esperanza está llevando agua potable para llenar el pequeño depósito del vertedero y que la gente tenga un sitio donde lavarse las manos. Sus trabajadores sociales están haciendo un esfuerzo añadido para hacer seguimiento de las familias con enfermos y ancianos, y a aquellas familias en las que hay casos de violencia. Son las primeras medidas para salir al paso de la crisis. Pero el sacerdote es consciente de que «para disminuir el impacto de esta crisis vamos a

Llueve sobre mojado

Precariedad laboral, falta de infraestructuras, fragilidad de las instituciones... Las debilidades de cada país agravan los efectos de la pandemia. En Guatemala, ahora se constata cómo «años de corrupción han pasado factura en temas tan delicados como la sanidad. Los hospitales no están equipados; según los expertos, solo hay seis respiradores por 100.000 habitantes», apunta Sergio Godoy. Pero en el paquete de medidas de urgencia aprobadas por el Gobierno, «a lo que menos dinero asigna es a la lucha contra la pandemia. Muchos recursos van a fortalecer otras partidas, y sabe Dios dónde va a acabar ese dinero», añade el misionero Jesús Rodríguez.

En otros casos, es el coronavirus el que agrava algunos problemas endémicos, como la violencia intrafamiliar. Este fruto de las actitudes machistas imperantes en buena parte del país ahora se ve agravado por la convivencia continua. «La mujer es el sector social más vulnerable», subraya el sacerdote español. «En nuestra parroquia, sabemos de varias mujeres que han desaparecido estas semanas, no sabemos si asesinadas o cómo. Otras han huido con sus hijos».

Tampoco es fácil la situación para los emigrantes. De los que son deportados por Estados Unidos «muchos llegan infectados», probablemente después de contraer el coronavirus en los centros de detención del país. «Y han contagiado a otros», explica Godoy. «También México envía autobuses llenos. Guatemala no tiene recursos para atenderlos debidamente, y el miedo está generando una actitud social de rechazo hacia ellos».

Manos Unidas /Iciar de la Peña



Jesús Rodríguez con mujeres del asentamiento El Carmen, con el que colabora Manos Unidas

tener que emplearnos a fondo y generar soluciones que se anticipen a los problemas. Lo positivo de todo esto es que nos está obligando a ser creativos, ingeniosos y solidarios, y mucha gente se está juntando» para intercambiar ideas.

Este afán de mirar al futuro no sorprende a Ricardo Loy, secretario general de Manos Unidas. A la sociedad del primer mundo, explica, «ahora no nos resulta posible pensar en ello porque nos creíamos invulnerables» y la pandemia ha trastocado totalmente nuestra perspectiva. «Sin embargo, en muchos lugares, el coronavirus no deja de ser una cosa más que se suma a sus otros problemas. No ha sido un vuelco tan grande como para nosotros. Son mucho más resilientes porque están acostumbrados a enfrentarse a situaciones así, y diseñan su respuesta a las emergencias de manera que también tengan efecto en el futuro». Así, quizá, el siguiente problema golpee menos fuerte.

... luego semillas

«No sabemos cuánto va a durar esto» ni en qué situación dejará al país, razona Godoy. La gente debe concienciarse de que «no van a

poder estar siempre recibiendo ayuda». Por eso, ya está dando vueltas a un proyecto que, de funcionar, podría hacer que los vecinos del basurero salieran de la crisis del coronavirus un poco mejor. «Queremos enseñar a la gente a producir alimentos utilizando cualquier espacio disponible» en el pequeño te-

rreno que alquilan u ocupan. De momento, están en la fase de sensibilización; más adelante vendrá la formación y la entrega de semillas.

Lo mismo quieren hacer en el ámbito educativo. Las aulas de ACE ahora están vacías, y como muchos niños no tienen televisión y por tanto no pueden acceder a los pro-

gramas de enseñanza a distancia puestos en marcha por el Ministerio de Educación, la entidad está intentando que la radio diocesana pueda difundir esos mismos contenidos. «Así podríamos además ver nuevas posibilidades de mejorar más adelante la calidad educativa», por ejemplo aprovechando el mismo

cauce para ofrecer educación informal a jóvenes y adultos.

Este mismo espíritu mueve otras respuestas que se están dando a la crisis en el país. Por ejemplo, los departamentos de Pastoral de la Tierra de distintas diócesis «están poniendo en marcha iniciativas para fortalecer a los campesinos» cuyo trabajo está amenazado por los cortes en el transporte. El objetivo es «no dejar morir el campo y privilegiar los productos ecológicos», de modo que este sector sea más sostenible en todos los sentidos. Así lo cuenta el padre Rodríguez. Como delegado de Pastoral Social en la archidiócesis de Guatemala, está al tanto de estos proyectos gracias a sus homólogos.

En cuanto a su propio trabajo, el domingo pasado ya comenzó a funcionar en su parroquia el reparto de comida, que ha puesto en marcha gracias a la solidaridad de los propios vecinos y a la ayuda de Manos Unidas. A nivel diocesano están dando pasos en el mismo sentido. Otra de sus prioridades es «detectar dónde el Gobierno no está cumpliendo» con su responsabilidad y denunciarlo para «ser voz de los que no tienen voz».

«Nos siguen llegando solicitudes»

Guatemala fue uno de los primeros países desde donde llegaron a Manos Unidas peticiones de ayuda a causa de la pandemia de COVID-19, apenas dos semanas después del inicio del confinamiento. Desde entonces, han financiado 30 proyectos de emergencia en 25 países, por un valor de más de 600.000 euros. Este dinero ha servido, por ejemplo, para dar cheques para la compra a inmigrantes eritreos en Israel, adquirir tests de coronavirus en Camerún o ampliar la capacidad de acogida de un centro para niños de la calle en Varanasi (India).

«Nos siguen llegando solicitudes y las estamos estudiando», explica el secretario general, Ricardo Loy. Tenemos un contacto muy estrecho con nuestros socios», el 90% de los cuales están vinculados a la Iglesia. «Hemos ido hablando con ellos para conocer su situación e informarles

de que íbamos a dar prioridad a esta emergencia. Esta relación cercana ha facilitado que otras veces fueran ellos los que nos pidieran apoyo». Hasta ahora, la ONGD de la Iglesia ha hecho frente a estas peticiones con sus propios recursos. Pero ante la perspectiva de que las necesidades se multipliquen ha lanzado una campaña extraordinaria, pidiendo aportaciones a la cuenta ES42 0049 6791 74 2016000102.

A la hora de distribuir los fondos, se priorizarán ámbitos como la alimentación y la salud; este último mediante iniciativas de prevención, entrega de kits de higiene básica y aumento de la dotación de material y recursos como respiradores a hospitales y centros sanitarios. Los socios de Manos Unidas ya están redefiniendo sus actuaciones ante la pandemia, «pero no pueden enfrentarse a ella solo con sus recursos».